

PRESENTACIÓN

Andrés Ollero Tassara

Con frecuencia lo más valioso de una realidad o iniciativa no es lo que aparece, mostrándose de modo más inmediato. La evocación del iceberg se convierte en tópico en circunstancias tales. Así ocurrió, a mi modo de ver, en las Jornadas que sobre “Investigación y Desarrollo. España en el contexto internacional” se celebraron en noviembre de 1994 en la Universidad de Granada.

El verse honrado con el papel de coordinador, acabaría familiarizando a un avezado docente de la filosofía jurídica, batallador portavoz parlamentario en cuestiones educativas —y, por ende, universitarias—, con novedosas y apasionantes perspectivas del sistema español de I+D. Por vía tan atípica me vi convertido, inesperadamente, en testigo de excepción de un prolongado

trabajo, al que contribuirían figuras prestigiadas de nuestro sistema de Ciencia y Tecnología. De ello da fe la relación de participantes que cierra este volumen, acompañada de los cargos que en cada caso desempeñaban.

Ya el Seminario que abrió las Jornadas —con la intervención de varias decenas de prestigiosos representantes de Universidades, centros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y departamentos de I+D de empresas de especial solidez— dio pie a un diálogo lleno de aspectos interesantes que, pese a no llegar a la opinión pública, pudo suscitar en tan destacados participantes nuevas perspectivas e inquietudes.

También el acto celebrado en la siguiente jornada —abierto ya al público interesado— resultaría particularmente fructífero, dada la calidad de las figuras españolas y extranjeras que lo protagonizaban. Albert Saxon, Subdirector General de la UNESCO, expuso unas “Reflexiones sobre los sistemas actuales de Investigación y Desarrollo”, acompañado de Gregorio Millán, cuya decisiva intervención política en la reforma de las ingenierías en España pervive en el recuerdo de todos. Su aportación sobre *La política española para la Ciencia y la Tecnología* constituye uno de los capítulos finales de este volumen, incrementada por las conclusiones redactadas luego por su autor, al finalizar un plan de trabajo bastante más extenso de lo inicialmente imagina-

do. Nunca hubiera salido adelante sin su tesón, rigor e infatigable dedicación.

Si tuviera, sin embargo, que destacar la aportación más enriquecedora de aquellas Jornadas, no dudaría en señalar una —poco usual, aunque heredera de experiencias previas— protagonizada por el entonces líder de la oposición José María Aznar. Que quien ya se adivinaba llamado a asumir en breve plazo la responsabilidad del Gobierno expusiera públicamente en un recinto universitario sus ideas sobre *Creatividad e Innovación* no parecía en modo alguno irrelevante. Pero, más allá de esta intervención de clausura del acto académico, la perspectiva que da el tiempo transcurrido confirma la importancia de una sesión posterior, que pasaría forzosamente inadvertida a los que no tuvieron la oportunidad de disfrutarla.

Cumplido el obligado yantar, iba a repetirse una escena vivida ya el año anterior, con motivo de las Jornadas que esta misma Fundación había organizado, también en Granada, sobre “La Universidad del futuro”. El muy pronto Presidente Aznar anotaba las observaciones que —a lo largo de una apretada sesión de tres horas— varias decenas de especialistas desgranaban, en torno a una amplia mesa de trabajo, vertiendo sus principales preocupaciones en concisas y sustanciosas intervenciones.

Ignoro dónde reposan actualmente aquellas notas. De lo que no me cabe demasiada duda, a la vista de los acontecimientos, es de en qué medida han gravitado perceptiblemente sobre más de una de las interesantes decisiones que, sobre el sistema de I+D, adoptaría el nuevo Gobierno. A ello contribuyó no poco el nuevo sesgo que cobraba el proyecto, cuando aparentemente estaba ya viviendo sus momentos culminantes.

El Presidente de la Fundación, y hoy ya del Gobierno, nos encargó la puesta en marcha de un Seminario permanente sobre “La política española de Ciencia y Tecnología”; sus sesiones mensuales, a celebrar a lo largo de todo el siguiente año, reunirían en cada ocasión a una docena de expertos en los aspectos abordados. Esperaba que diera ocasión de plasmar —negro sobre blanco— todas los problemas, sugerencias y propuestas incoadas a lo largo de las sesiones recién clausuradas. De nuevo, se me brindarían —con el honroso papel de coordinador— impagables oportunidades de aprender de los más expertos. Pero no debo precipitar acontecimientos.

Las Jornadas habían comenzado en realidad semanas antes de su celebración, cuando la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales invitó a cada uno de los participantes a elaborar un breve documento en el que plasmara, desde su experiencia personal, un balance de la situación del sistema español de I+D. Se les animaba a que pusieran su conocimiento de estos pro-

blemas a disposición de quienes podrían verse a corto plazo llamados a asumir responsabilidades de Gobierno.

Con frecuencia surge, en efecto, la justificada queja de que quienes gobiernan no parecen tener demasiado en cuenta a los verdaderos protagonistas de las cuestiones que se ven obligados a regular. Surge así, de modo inevitable, la tentación de ejercer —imponiendo a la sociedad caprichosas recetas personales— un peculiar “despotismo ilustrado”; caracterizado paradójicamente por la carencia de la más elemental “ilustración”: la que pueden brindar los presuntos beneficiarios u obligados ejecutores de las medidas a poner en práctica.

Las sugerencias contenidas en aquellas aportaciones constituían un interesante y variado mapa de los problemas experimentados por quienes se esfuerzan —desde la cátedra, el laboratorio o la empresa— por solventar en España una de sus carencias más tradicionales, reflejada ya en el legendario “que inventen ellos”. No me resisto a aludir a algunas de las constantes de esas contribuciones.

Se resaltaba, en primer lugar, que nuestra ancestral falta de capacidad de innovación tecnológica deriva fundamentalmente de un problema cultural. Para Antonio Luque, que comenzaba así su fecunda colaboración con este proyecto, los países que hoy marchan en cabeza no son los que —como el nuestro— disponen de

medios humanos y materiales suficientes para impulsar su propio desarrollo, sino los que cuentan además con una sociedad consciente y confiada en su propia capacidad técnica. Cuando no existe esa autoestima, falta también la capacidad de afrontar audazmente las soluciones técnicas exigidas por los nuevos problemas. El avance acabaría, pues, dependiendo más aún de la posibilidad de asumir personalmente tales decisiones que del nivel tecnológico disponible.

La situación de nuestra Universidad fue analizada desde los ángulos más variados. Detalle tan aparentemente secundario como la imposibilidad de incluir gastos de personal en los proyectos financiados con fondos públicos aparecía, una y otra vez, señalado como una de las decisiones que más entorpecían su aportación a nuestro desarrollo tecnológico. Desde Helena Iglesias, por entonces Vicerrectora de Investigación y Doctorado de la Politécnica de Madrid, hasta Francisco Mora Tuel, formado en Granada y hoy prestigiado Catedrático de la Complutense, eran muchos los que coincidían en idéntico diagnóstico.

Se insistió, igualmente, en que nuestros investigadores se desentienden con frecuencia de la incidencia práctica final del proceso en el que su actividad se inserta. Jesús González López (que dirigía la Agencia de Transferencia de Investigación de la Universidad de Granada, en la que hoy es Vicerrector de Fomento y Relaciones Universidad-Empresa) apuntaba que, mien-

tras que se retribuyen específicamente las publicaciones que recogen los frutos de la investigación, faltan incentivos similares para quienes plasman su aportación en patentes y otros logros más cercanos al mercado. Ante este aparente dilema entre Investigación y Desarrollo Enrique Kaibel, Presidente por entonces de la Asociación Nacional de Bienes de Equipo, y otros de los más incansables colaboradores del estudio que comenzaba a cobrar cuerpo, sentenciaba que los “proyectos concertados”, financiados con créditos públicos sin interés, “tienen más de I que de D”.

Las Jornadas acabarían, sin embargo, por aportar sólo la sabrosa guarnición a un trabajo aún por cocinar, que es el que se sirve ahora como auténtico plato fuerte de este volumen.

El sistema español de innovación sería, ya en esa segunda fase, objeto de dos ponencias elaboradas por Juan Mulet con la exhaustividad y documentación que caracterizan todas sus tareas. Tras protagonizar tres sesiones, aún ha tenido arrestos para refundirlas en un texto unitario.

La minuciosidad analítica de Pedro García Barreno se pondría de relieve en su gradual elaboración de la ponencia sobre *La política de I+D en las Universidades y organismos públicos de investigación*, que ocupó las dos sesiones siguientes. En ella incluye ahora su diálogo con las propuestas de Antonio Luque, uno de los

continuos polos de tensión del trabajo, como queda dicho. Se acompañan igualmente algunas de las respuestas ofrecidas al cuestionario que sometió a la consideración de los participantes, que contribuyen a dar cuerpo a un interesante debate.

A Enrique Kaibel tocó desempeñar papel equivalente a la hora de abordar *La política de I+D en la empresa*; se recoge su ponencia, acompañada del cuestionario que brindó a los participantes y de las aportaciones por ellos formuladas.

Cierra el volumen el trabajo de Antonio Luque *Para una política de I+D en España*, que viene a ser su cuaderno de bitácora de tan apasionante singladura, en el que deja anotado su punto de vista sobre todo lo apuntado y comentado a lo largo de dos años de trabajo.

Su modesto papel no ha exigido, pues, al coordinador mucho más (tampoco menos...) que articular la capacidad de empuje y la confianza plena en el futuro de la Ciencia de nuestro país que derrochan dos personalidades —Gregorio Millán y Antonio Luque, Antonio Luque y Gregorio Millán; “tanto monta...” sería obligado añadir desde Granada— que encarnan, con distinto acento y talante pero con similar vivencia apasionada, a dos generaciones de españoles, que han cifrado en el progreso científico de España el sentido último de sus tareas.

Emplazado, no obstante, a destacar algún aspecto de lo tratado —aunque sólo fuera para hacer verdad lo de “coordina que algo queda”— recordaría la continua insistencia en la necesidad de potenciar la trabazón y armonía entre los diversos y heterogéneos, protagonistas de nuestro sistema de I+D, y muy particularmente entre los que animan sus dos principales puntos de referencia: investigación básica e innovación tecnológica, ámbito académico y mercado empresarial.

No deja de resultar significativo que entre las primeras medidas del nuevo Gobierno figurara el Decreto sobre coordinación de los Organismos Públicos de Investigación. Su intención ha ido luego perfilándose con más nitidez en otras decisiones no menos relevantes: la asunción por el propio Presidente del Gobierno de la presidencia de la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología.

La posterior creación de la Oficina para la Ciencia y Tecnología, dependiente de Presidencia del Gobierno, ha demostrado que, más allá de la imagen o la retórica, nos encontrábamos ante un nuevo modo, más decidido y práctico, de abordar con efectividad la necesaria coordinación de las tareas de I+D, que seguirán siendo gestionadas desde Ministerios tan diversos como Educación o Industria, Defensa o Sanidad, Agricultura o Medio Ambiente. El BOE ha entrado en juego, convirtiendo ya en innovación práctica lo que a lo largo de este proyecto era sólo esperanzada reflexión teórica.



Ciencia y tecnología en España: bases para una política

COORDINADORES

**Andrés Ollero
Antonio Luque
Gregorio Millán**

P A P E L E S D E L A F U N D A C I Ó N

© Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales y los autores, 1998

ISBN 84-89633-82-7

Depósito Legal: M-31471-1998

Impreso en España / *Printed in Spain*

EBCOMP, S.A. Bergantín, 1 - 28042 MADRID